

DISCURSO

del Sr. Dr. Dn. Carlos A. Arroyo del Río
al ofrecer al Sr. Dr. Dn.

Luis Felipe Cornejo Gómez,

en nombre del personal administrativo y docente
de la Universidad de Guayaquil, el banquete servido el 26
de Diciembre, en el Club de la Unión.

Señor doctor Cornejo Gómez:

Señores:

Hay en la Vida, algo más expresivo y elevado que el elogio, la justicia; algo más cautivador y duradero que la cortesía, la sinceridad; algo más espontáneo y sugerente que la obligación, el afecto.

Justicia, sinceridad y afecto son precisamente, los que nos han convocado hoy, en derredor de esta mesa, para significar toda la intensidad de nuestro aprecio y el entusiasmo todo de nuestro aplauso, al profesor eminente que, sacrificando la tranquilidad arrulladora y tierna de su hogar, abrió, dentro del sereno apostolado de su ejercicio profesional, prestigioso e intachable, un paréntesis de activa y entusiasta gestión educadora, y vino a ocupar el más elevado sitio de nuestra Casa de Estudio, deseoso de que ella fuese un hogar también, risueño y amplio, en que soplaran auras frescas de compenetración espiritual, generosa y comprensiva, que favorecieran la floración de anhelos e ideales.

Durante más de un lustro habéis llevado en vuestras manos, señor doctor Cornejo Gómez, la enseña de nuestra casa, y la habéis mantenido limpia de egoísmos, como correspondía a la generosidad de la misión universitaria y a la rectitud de vuestras intenciones. Habéis caracterizado vuestra labor, por una ecuanimidad que jamás se vió alterada, una cultura que nunca pudo merecer reproche, y una decisión que no sufrió, en instante alguno, tibiezas ni desmayos. Si, dentro de la lacónica estructura de una frase se pudiera definir vuestra ac-

tuación múltiple, habría que decir que habéis sido para nuestra Universidad, el Director inteligente, gentil y ponderoso.

Por eso, vuestro Rectorado ha dejado un recuerdo inextinguible de simpatía, en el corazón de vuestros compañeros de labor que, reiteradamente, y mientras lo permitió vuestra voluntad, os renovaron su confianza, pidiéndoos continuar en el merecido cargo que, con acierto, os habían confiado. Por eso, vuestro nombre resuena, con eco sonoro y placentero, por los claustros universitarios; lo conservan escrito los libros de la Biblioteca a la que disteis ostensible y vigoroso incremento; lo repite el crujir de las máquinas tipográficas; cuyos talleres habéis fundado; lo difunden las páginas de la Revista que os debe su creación; lo aureola el esplendor de los inolvidables actos científicos y culturales, que organizásteis lucidamente; lo amplifica el secreto y mágico poder de los gabinetes que habéis establecido o desarrollado, y lo perpetuará la imponente y magestuosa severidad del edificio en construcción, para Escuela de Medicina que será el fruto de vuestra iniciativa, vuestra decisión y vuestro esfuerzo.

He allí por qué, el personal directivo y docente de la Universidad de Guayaquil, que conoció de vuestros empeños y procuró secundar vuestras actividades, os ha invitado a esta manifestación de franco aprecio, de personal adhesión y de irrestricto aplauso; y he allí por qué me es sencillo y grato, al mismo tiempo, cumplir el honroso encargo de ofrecéroslo.

Señor doctor Cornejo Gómez: en nombre de mis distinguidos compañeros y en el mío, os entrego esta hoja tan blanca como nuestra sinceridad, en la cual están escritos signos tan indelebles como nuestros sentimientos.

Señores: os pido levantar la copa, por la ventura personal de nuestro dignísimo ex-Rector, el señor doctor don Luis Felipe Cornejo Gómez; porque junto al halago cariñoso de los suyos, en la placidez de su hogar, idealizada por la bella compañera de sus días, se escuche, perpetuamente, la palabra justiciera, amistosa y leal de quienes hemos tenido la satisfacción de ser sus colaboradores; porque la Universidad de Guayaquil pueda sentirse siempre orgullosa de contar en su seno con un catedrático de tan sólida reputación científica; y porque el espíritu de cordialidad que hoy nos ha congregado, perdure inalterable en las filas universitarias.

Salud.

DISCURSO

del Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Cornejo Gómez,
contestando el ofrecimiento del banquete que le dieron
los miembros del personal docente y administrativo
de la Universidad de Guayaquil.

Señor Rector de la Universidad,

Señores Profesores,

Señores:

Si el silencio no constituyera una actitud impropia, en estos momentos tan gratos, con que me regala vuestra gentileza, os aseguro que yo callaría, con la convicción, de expresar más elocuentemente, con un lenguaje mudo, las grandes emociones del espíritu, que agitan mi cerebro, en pensamientos nobles, de sinceridad y gratitud.

Los hombres, marchamos en el camino de la vida, impulsados por la energía ciega de la suerte, sintiendo, los abrojos del camino, que lastiman nuestra planta, cuando no la mordedura venenosa del reptil o el zarpazo traicionero, de la fiera en emboscada; y en ese caer y levantar, entre los accidentes de la senda, avanzamos; pero avanzamos escépticos y taciturnos, hasta que llegan las horas blancas, como éstas que aquí transcurren, para formarnos un Tabor, donde se transfigura, el rictus severo que nos imprime la lucha, en sincera y espontánea sonrisa, que nos baña de alegría.

Pero no me explico lo que ocurre!; me siento inhibido! Vuestros nobles sentimientos de amistad y compañerismo, os han determinado a transformar, siquiera sea por cortos instantes, la austera vida de un hombre, a quien impresionan, hondamente, los honores, porque abriga el convencimiento, de no merecerlos; y me habéis traído a esta mesa, que la rodean tantos prestigios, para colmarme, en ella, de las más exquisitas atenciones, al arrullo, melodioso, de escogidas armonías; para anonadarme, con la generosa prodigalidad, de hiperbólicos elogios; y en fin, señor Rector, para embalsamar mi espíritu, con la elocuencia

de vuestro bello discurso, en que cada frase es un acorde y cada período es un canto.

Los grandes valores intelectuales de la Universidad de Guayaquil, que tanto realce han sabido dar a nuestra Institución, con el brillo de su talento y con la solidez de su vasta preparación científica, se encuentran aquí reunidos, para hacer una pública manifestación de compañerismo, a quien en el largo período que dirigió el Plantel, invocó, constantemente, el contingente de sus luces, y se defendió, muchas veces, tras el escudo intocable de sus prestigios.

Si mi labor pudo alcanzar algún éxito, fué, precisamente, a expensas del decidido apoyo que quisisteis prestar, a todas las iniciativas, que surgían de las muchas necesidades que debían satisfacerse, para la marcha regular de la Universidad, y la pronta conquista de su progreso.

Si algún mérito existe en la labor administrativa que presidi, ese mérito es vuestro, porque vosotros constituísteis la fuerza, sin la cual era imposible que se desarrollara la acción.

Habéis querido recordar, señor Rector, mis débiles actividades en la Universidad; pero más valiera, hacer mención, de la triunfante y proficua labor, científica y didáctica de vosotros, los reputados maestros, que hoy constituís, un legítimo orgullo del Plantel.

Nos habéis paseado, con vuestra florida palabra, por las distintas dependencias de nuestra querida Universidad.

La Biblioteca, depósito sublime del multiforme pensamiento humano, guardará en sus anaqueles, el valioso acervo, de las sabias enseñanzas de los ilustres maestros universitarios; la imprenta, ese monstruo ciclópeo del progreso, escribirá con su estilógrafo gigantesco, de péndola de plomo, al rápido girar de sus volantes, las fecundas producciones de sus poderosos y cultivados cerebros; en los laboratorios y gabinetes, donde se realiza el milagro de las combinaciones químicas; donde se estudia la potencialidad de los cuerpos y se hacen saltar, a voluntad, las ígneas siluetas del rayo, allí resonará, por siempre, la palabra erudita, de los profesores que los dirigen, con la cual ha de nutrirse, el cerebro, en desarrollo, de las multitudes estudiantiles; el éxito de la Revista de la Universidad es exclusivamente vuestro, como vuestro fué, señor Rector, el triunfo, cuando, con aplauso de toda la América intelectual, igualasteis en elocuencia a Carlos Borges, en vuestra hermosa

oración ante la tumba del Libertador: el edificio que se construye para Escuela de Medicina, será el baluarte, incommovible, dentro cuyos anchos muros se desarrollará, en plácida calma, el progreso civilizador de la ciencia, en que vosotros estáis empeñados.

Con estos hermosos antecedentes, y con el convencimiento de que se estrecharán, cada día más, mediante una íntima comprensión, todos los elementos universitarios, y con la inteligente, atinada labor, recientemente iniciada, por el destacado experto intelectual, que hoy dirige, firmemente, el rumbo de la Universidad, tenemos derecho a esperar, que ella será, en no lejano tiempo, un gran foco de luz, que iluminará el cielo de la Patria y cuyos fúlgidos resplandores, se extenderán también, por los ámbitos de América.

Señores Profesores:

Vuestros ilustres nombres, escritos al pie de la elevada leyenda, que contiene el valioso pergamino que me entregáis, me honran en alto grado. Esta joya de inestimable valor, que en justicia, no me corresponde, porque no la merezco, la conservaré, con gratitud, toda mi vida, como un hermoso recuerdo de vuestra sincera amistad, de vuestro ejemplar compañerismo.

Señores:

La abnegada compañera de mi vida, que comparte conmigo las horas duras y los momentos gratos, se une a mí para agradeceros esta espléndida manifestación de simpatía, que tan sincera y espontáneamente habéis querido hacerme: con ella, os invito a levantar la copa, para brindar, por la gloria de la Universidad de Guayaquil, y por la ventura personal vuestra y de vuestros nobles hogares.

Salud!